

OJOS NEGROS (LA EDAD INDEFENSA)

“A nadie se le debe quitar su libertad”

No es una frase mía sino de una mujer de 98 años llamada Leonor.

En un pueblo de la Sierra de Madrid hay una residencia de ancianos; cabe decir que de ancianas porque sólo alberga tres hombres. Es un establecimiento privado, de menguado espacio. Por jardín, unos retazos de césped y losas para engañar la andada. Ella está ahí, aún erguida y batalladora, si bien la sordera le ha hecho mella y la articulación de una rodilla le recorta la zancada, no ha mucho decidida. Para sus casi diarios paseos se ayuda de un bastón, que también le sirve para apuntar hacia espacios inconcretos, quizá del pasado; un pasado que en ocasiones su mente conjuga con la realidad.

Tiene los ojos claros, la cabellera tintada de suave color castaño y un cerebro extraordinariamente diáfano. El “señor alemán” no ha invadido su mente todavía. Luce limpia porque les duchan a diario o con frecuencia. Y también arreglada, con vestidos que aún desprenden elegancia, lo que establece diferencia con sus compañeras, cuyas ropas son más sobrias y de andar por casa. Porque, mientras ella es de las contadas que pisan las sendas cercanas al hogar impuesto o elegido, las otras se rinden al ensimismamiento y a la inacción. Pasan sus horas desplomadas en los sillones ante la tele, casi siempre absortas más que entretenidas, adormecidas las más.

Creo que el mejor lugar donde vivir es la casa propia. Me caben pocas dudas al respecto. Pero soy consciente de que la vida impone reglas y que cada familia actúa según criterios específicos. Lo cierto es que las residencias son inevitables para mucha gente y puede que imprescindibles según las tendencias que se dibujan en el tiempo venidero. Y también es cierto que hay ancianos que aceptan ese destino, a la corta o a la larga, e incluso quienes lo demandan bajo el convencimiento de que es el mejor remanso donde esperar lo ineluctable. No entro a valorar esa opción. Lo que sí valoro es la contraria. Porque pienso en los no pocos que nunca se integran en esa imposición, los que no se resignan a la pérdida de los tactos y los olores que marcaron gran parte de sus vidas, los que prefieren abandonar la mirada última en su lecho de siempre.

Naturalmente que la economía juega un papel esencial, como en todos los aspectos de la vida. Hay residencias de niveles diferenciados. La que encuentra Corazón Rodríguez en EL TIEMPO ESCONDIDO en su búsqueda de Rosa, es inusual. Pocas semejantes existen en el mundo. A partir de ahí, la escala desciende según el bolsillo. Sin duda que los familiares de Leonor encontraron para ella la más adecuada a sus posibilidades, al margen de sus deseos, quizá. Porque en el aspecto estricto del rendimiento económico, hay que aceptar que las residencias deben atenerse a la cuenta de resultados, como cualquier negocio. No es ahí donde Leonor apunta su rechazo.

2

-Aquí, la mayoría tiene la cabeza extraviada y esos males que aparecen con la edad. Pero todas vamos para atrás, y no sólo porque cada día somos más viejas. No es eso, no... Lo terrible es haber perdido la vida que teníamos. Ese es mi caso... Intento sobreponerme al fatalismo. No tengo nada en contra del Centro. Las cuidadoras intentan ser amables a pesar del mucho trabajo que tienen. No paran, las pobres. No creo que sea el empleo que soñaban... Cuidar viejos... Esta residencia es lo que es. Pero aunque fuera la más cara del mundo... No me interesa. Sólo quiero volver a mi casa...

No conozco muchas Residencias pero he visitado Hogares Sociales, adonde acuden mayores que duermen en sus casas pero que entretienen la mayor parte de sus horas en estos hogares, leyendo o jugando a cartas, dominó, lotería, parchís y hasta ajedrez. Le pregunto si allí les ofrecen esos entretenimientos

-¡Qué va, qué dice! ¡El parchís...! Aquí no hay nada de eso. Un joven viene dos días a la semana. Durante una hora nos pide hacer movimientos físicos y nos pone juegos para que ejercitemos la mente, dice... Bah. No sirve de nada. No nos atraen esas cosas porque son ajenas a nuestras costumbres. Nos cuesta trabajo entenderlas. Razón de que no pueda evitar la añoranza de mi casa... -Se le va la mirada al crisol interno donde se funden los recuerdos de su larga vida-. Si acaso se pudiera cantar... Me crie cantando... En mi casa todas cantábamos mientras lavábamos, fregábamos o cocinábamos. Y cantaban los vecinos de las otras casas... Y se reía, y se bailaba... Siempre bailábamos... Sí, ya lo creo... La vida era alegre y teníamos todas las ilusiones...

Cuando vi por vez primera a Leonor, me llamó la atención su soledad. Y cuando hablé con ella, su inadaptación a esa vida. Observo que no ve la tele y que no encuentra correspondencia a sus estímulos en las otras residentes. Lee el periódico que a diario llevan y enjuicia las noticias. Es notoriamente

diferente a las demás. ¿Y cómo no lo va a ser? Porque nació en un lugar llamado Ojos Negros, un pueblo en las montañas de Teruel que fue próspero durante muchos años gracias a una mina de hierro. Un pueblo que llegó a tener más de 4.000 trabajadores y hasta una línea ferroviaria propia para llevar el mineral hasta Puerto Sagunto, en el mar valenciano.

¿Cómo se puede nacer en un lugar con ese nombre y no experimentar la fuerza de lo excepcional? ¿Cómo no llevar dentro vibraciones misteriosas que en el crecer pueden despertar a la poesía o a cualquier otro impulso artístico que pudieran jalonar su andadura por la vida?

3

No sé si Leonor está tocada por la gracia que tal sitio desprende o si su diferenciación obedece a una educación esmerada. Lo que no admite dudas es que su energía, su razonar y su verbo son algo fuera de lo común para quien está rozando el siglo de vida.

Ojos Negros. Lo pronuncio sin sonido. Lo paladeo. Es un nombre con trazo de eternidad. Eso dice Leonor cuando me mira, asombrada por prestarle una atención que nadie le brinda.

-No encontrará usted nombre más bonito para un pueblo. No existe en el mundo. Pero no me crie en él sino en Zaragoza. Mi padre tuvo que trasladarse por el trabajo y nos llevó a toda la recua con él. No volví las veces que hubiera querido... La vida pasa volando... -Se abstrae. E inesperadamente arma una oración de impecable factura-. Tengo dos nietos. Acuden a verme cuando les llamo, pero no vienen mucho. Supongo que no les gustan los viejos. Les comprendo porque a mí tampoco me gustan los viejos.

Luego vuelve a desgranar sus recuerdos y sus lamentos.

-Éramos 7 hermanas y 3 hermanos. Diez vidas alegres y generosas, diez canciones para evitar que nos alcanzaran las penas de tantos años convulsos... Porque fuimos una casa feliz antes de que buscáramos nuestros caminos... Sin embargo yo sólo tuve un hijo, algo absurdo y de lo que siempre me he arrepentido... Aunque da igual ya... Pero si hubiera tenido más hijos, alguno sería como mis hermanos, sobre todo como Alfonso, que fue un padre para los demás cuando nos faltó el que nos dio la vida... Ahora no estaría aquí sino en mi casa, paseando por el Madrid de mis años alegres, el Madrid que tanto echo de menos...

Mira los coches pasar, el paisaje invadido de indiferencia.

-Mi hijo me metió aquí sin contar conmigo. Un día me trajo. “Mamá, es aquí donde vivirás a partir de ahora”. No me lo podía creer. Yo me manejaba por mí misma, estaba fuerte, tenía mi pensión y mis amigas, tenía vida propia... ¿Por qué no podía seguir en mi casa, la casa de mi propiedad, con mis muebles, mis cuadros, mis cosas...? ¿Qué hice de malo para que él tomara esa decisión, saltando por encima de mis sentimientos?

No me mira. Es como si hablara consigo misma. Se abstrae. En la pausa, vislumbro su hogar perdido, las cosas que no volverá a ver. En la introspección, veo mis propias cosas, todos aquellos objetos que he ido acumulando desde siempre y que ponen gozo en mi ánimo cuando las miro y las toco. No entra en mi entendimiento que pueda llegar a perderlas alguna vez, ni siquiera que puedan hurtarme de su contemplación. Siento un estremecimiento.

-Habló usted de sus nietos. Supongo que también su hijo viene a verla -digo, sobreponiéndome a mis temores e intentando aliviar su amargura.

-Sí, cuando le llamo, de vez en cuando... Poco... No son visitas gratas para ninguno porque siempre ve el reproche en mis ojos... A veces me lleva a un hospital. Una médico, que debe ser siquiatra o yo qué sé, me hace muchas preguntas sobre cosas. No me dicen para qué son esas consultas. No me dan los informes del resultado. No me examinan el cuerpo, esta rodilla que me falla, la sordera... No. Sólo preguntas y preguntas... No me gusta...

Estamos en un bar cercano, sentados a la sombra. Ha pedido cerveza, como una quinceañera, lo que añade nuevo apunte en mi sorpresa. Dice que es la mejor bebida que existe. La bebe a pequeños sorbos, paladeándola.

-Mi hijo y mi nuera viajan mucho. Siempre están de allá para acá, viendo pueblos y ciudades y gustando de buenas comidas... Puede que ahora yo sea un estorbo, pero no lo era cuando me trajo aquí, no recuerdo cuándo... Me valía muy bien y podían haberme llevado con ellos, alguna vez al menos... Aquí quedé atrapada, como una maleta vieja, viendo pasar los años... -En sus ojos celestes sorprendo destellos de resentimiento sobre su amargura. Al rato, mueve la cabeza y hace un gesto con la mano-. Más allá, al norte, se ven las montañas de la Sierra de Guadarrama. Ya no puedo verlas porque las casas lo impiden. Pero sé que están ahí. Y puede que no vuelva a verlas, como no volveré a ver el lugar donde nací... Ojos Negros...

Al regresar a la residencia, le ofrezco el brazo. Se apoya en él, algo turbada, sin creérselo del todo. Hace mucho tiempo que nadie tiene con ella tal deferencia. Al despedirnos se le bloquean las palabras y pone algo húmedo en mi mejilla. Sabe que volveré para estar con ella y con sus recuerdos. Pero noto su temor de que quizá pueda llegar tarde.

Luego camina hasta el ascensor para dirigirse al comedor. Es la hora del almuerzo y ya nadie queda en la pequeña sala de estar. Miro los rincones del espacio vacío y noto sollozos escondidos intentando vencer el silencio. O acaso creo notarlos en esa ausencia de latidos y de ilusiones.

Mientras conduzco hasta Madrid, una de sus frases se reitera en mi mente y me catapulta al mundo de los vencidos.

-¿Sabe? Mi hijo vive en libertad..., pero yo perdí la mía.

Le doy vueltas. Porque es verdad, aunque el hijo haya tenido razones para tomar la decisión de sacarla de su lado. Y eso me lleva a pensar más allá. Y siento que algo se enrosca en mi ánimo. Pienso en las personas de edad. Y también en los jóvenes y hasta en los niños, porque alguna vez dejarán de serlo. En todos ellos. No cabe duda de que en nuestro mundo occidental, aun siendo el mejor, no somos totalmente libres. Nos vigilan, estamos controlados por nuestros DNI y por todos los poderes gubernamentales habidos y por haber. Pero tenemos una libertad relativa. Merced a ella, podemos movernos de un lado a otro, complacernos con nuestras sencillas actividades. Pero entra en lo posible que en un futuro, largo o próximo según edades, alguien querido, familiar o no, algún día, por cualesquiera razones y en contra de nuestra voluntad, decida quitarnos esta libertad vigilada y no estemos en disposición de ofrecer resistencia.

Y puede que entonces nos ocurra lo que a esa anciana de ojos claros y añoremos desconsolados no los Ojos Negros donde nacen algunos elegidos sino los Ojos Verdes de nuestra vida acostumbrada.

Joaquín M. Barrero